

Tiene el aire

Imagino que son historias como ésta las que hacen tambalear el escepticismo al que tanto me aferro. Se trata de sucesos narrados en primera persona por gente de mi propio entorno, aquéllos a quienes conozco lo suficiente para saber si pueden mentir o no. He sido un ignorante al negar que hay cosas que simplemente no podemos explicar. Al menos de momento.

En el año 1965 era habitual ver familias desmembradas por la emigración en la pequeña aldea de Rouma, escondida tras la sierra de Barbanza. Estamos hablando de pequeñas colinas que protegían rías y mares, zonas verdes, agrestes, oscuras, una Galicia relegada al olvido, pueblos ocultos donde los adelantos llegaban con años de retraso.

A mi padre no le gustaban las despedidas. Llevarme a la vieja taberna de su amigo Mario era su manera de decirme hasta luego.

—¡Os lo aseguro! —gritaba un anciano calvo, encogido y desdentado intentando que toda la barra prestase atención—. Estaba subiendo la cuesta hacia mi casa cuando las vi. Eran diminutas luces de varios colores, como una bandada de pájaros surcando el cielo, dirigiéndose con parsimonia hacia el cementerio. Allí les perdía la pista. Os lo juro, comencé a correr atravesando la negrura y me escondí en mi casa presa del pánico.

Mi padre apuró el último vaso de vino antes de levantarse de la mesa.

—Pobre viejo —murmuró—. Miente y ni siquiera lo sabe.

Tendría que pasar una década para que volviese a hablar con él. Yo tenía catorce años y había terminado la enseñanza básica un par de meses antes. Me sentí un hombre al comenzar a trabajar en la carpintería de mi tío Xan, aunque mi madre había impuesto su contundente e indiscutible autoridad en la familia, exigiéndome también que colaborase en muchas otras tareas para que ella pudiera hacerse cargo de mi hermana

Silvia, que apenas contaba con un año de edad. Fueron días agotadores, jornadas altamente laboriosas que no dejaban lugar a momentos de ocio.

Todo ello no excluía la tradicional asistencia a misa cada mañana de domingo. Una de esas mañanas, regresando a casa bajo un cielo siempre gris, soportando un viento helado que advertía de la llegada oficiosa del invierno, se cruzó en nuestro camino una imagen horrenda: en la orilla de asfalto por donde caminábamos, observamos a un gato muerto, aplastado quizá por uno de los escasos coches que atravesaban la zona. El animal, putrefacto, se encontraba rodeado de moscas que se detenían especialmente en su negra cabeza que parecía no existir, como si de él hubieran extraído todo lo que no fuera pellejo, y cargaba de miasmas aquel aire gélido que soplaba en contra. La estampa era tan nauseabunda que mi madre tapó instintivamente los ojos a mi hermana Silvia.

La pequeña Silvia enfermaría un par de días después. El médico no logró precisar un diagnóstico que determinase el mal de la niña, limitándose a comentar aquello que todos veíamos: la palidez de su rostro, la debilidad que transmitía cuando la tenue luz del candil acertaba a iluminar su cuerpo, la fiebre que todos parecíamos sentir al observarla...

Mi madre recordó entonces el incidente del domingo anterior y, tras el portazo que siguió a la despedida del médico, pronunció con gravedad aquellas palabras que ponían de manifiesto sus intenciones:

—Tiene el aire.

Con la mano apoyada en la pared, permaneció un instante pensativa y cabizbaja, acariciando el crucifijo que colgaba de su cuello. Sin más, se retiró a la habitación de Silvia con la certeza de que yo había comprendido cuál iba a ser nuestra próxima labor.

Desde mi afanada incredulidad, me mostraba reticente ante la idea de valerse de aquellos extraños remedios, frunciendo el ceño por tener el deber de acatar las decisiones de mi madre, lamentando que no estuviera allí mi padre para rebatir tal vez aquella opinión incontestable, pues a ambos nos irritaba que en ese dichoso pueblo, en aquella maldita época, siempre se recurriese a ese tipo de soluciones.

Yo era considerado un rebelde porque detestaba a los curas que incesantemente trataban de amedrentar a toda la parroquia, recelaba de la infinidad de expresiones mil veces oídas que hacían referencia a Dios y al Diablo, me angustiaba aquella obsesión tan arraigada en el alma de mis convecinos, sentía rabia por lo fácil que era escandalizar a esa gente que siempre daba la misma explicación a todo.

Algo en mi interior me dice que no es una buena idea concretar datos a la hora de describir públicamente prácticas del todo reales, así que procuraré entrar lo menos posible en detalles: mi madre y yo dejamos a Silvia al cuidado de un sacerdote para que mi hermana durmiese sobre la sepultura de un santo en la Iglesia de San J..., mientras que nosotros nos dirigimos, en pleno crepúsculo, a un antiquísimo crucero en tierra de nadie, a sólo medio kilómetro de distancia con respecto al cementerio. El terreno todavía estaba sin asfaltar.

Lo que allí sucedió no es algo que me inquiete hoy en día, pero debo admitir que hubo momentos en que sentí auténtico pavor, un pánico cervical que poca gente llega a sentir, un temor que nadie puede comprender si no lo ha experimentado, debido al nivel que alcanza. Un miedo que no atrae.

En el crucero debíamos rezar una serie de oraciones que yo aprendí a muy temprana edad para evitar que el maestro me atizase. En el cielo aún se distinguían nubes y claros, pero la oscuridad reinaba ya de tal manera que apenas diferenciábamos

los árboles de la maleza. Es imposible trasladarse con la mente a aquel espacio cargado de penumbra, silencio, desamparo, soledad y frío.

De pronto, cuando apenas llevábamos un par de minutos orando, comenzaron a sucederse extraños fenómenos incluso en el interior de mi propio cuerpo. Me fallaban las fuerzas, me dolían las piernas, me temblaba el cuerpo. El viento soplaba con enorme potencia y yo percibía presencias extrañas. Hace poco me comentaron que las personas captamos mejor las imágenes a través del ángulo externo del ojo. No estoy hablando de un simple caso de autosugestión, eran figuras oscuras y deformes que se movían y escapaban como volatilizadas por mi repentina mirada. Para colmo, algo o alguien se entretuvo cogiendo mi gorra y tirándola al suelo.

Lo peor fue al regresar a casa por un estrecho sendero que servía de atajo, pues observé unos inclasificables puntos de luz que se dirigían al cementerio. Eran sólo tres o cuatro círculos, algo que contrastaba con la información del anciano. Salían del horizonte y se dirigían al destino que a todos nos aguarda. ¿Es posible no sentirse aterrado ante semejante situación? Y sobre todo: ¿a quién podría contar aquello? Ni siquiera tuve el valor de mencionárselo a mi madre en aquel momento, pues caminaba mareado y confuso, con el corazón disparando latidos fuera de sí.

A todos aquéllos que protesten por no existir evidencias de que existe un lado oculto, les diría simplemente: buscadlas.

Aquella noche supe que no iba a dormir. Me tumbé en la cama, encogiéndome y cerrando los ojos con tanta fuerza como pude. Desconozco el tiempo que estuve así antes de que mi gorra, la misma que daba por perdida, cayese sobre mis manos. Emití un alarido de espanto.

Mi madre me observaba desde la puerta de mi habitación, primero extrañada y después sonriendo con picardía, pues había sido ella quien me la había lanzado.

Entonces me preguntó:

—Si de verdad confías tercamente en tu incredulidad, ¿por qué tienes tanto miedo?

Al día siguiente recibimos la noticia de que mi hermana se había curado.